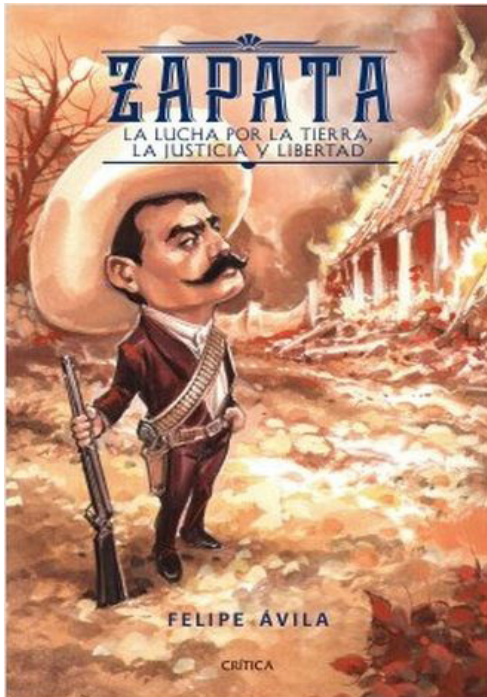


Escripta

Revista de Historia



Reseña

Ávila, Felipe, 2019

Zapata

La lucha por la tierra, la justicia y libertad

México, Crítica

ISBN 9786077476689

Ernesto Sánchez Sánchez¹

Recepción: 12 de junio de 2019
Aceptación: 20 de agosto de 2019

¹ Profesor-investigador de Tiempo Completo de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Adscrito a la Facultad de Estudios Internacionales y Políticas Públicas.

En 1971, y una posterior edición aumentada en 1994, apareció el libro de la Revolución interrumpida de Adolfo Gilly sobre el Zapatismo, desde una postura trotskista se postulaba las grandes dificultades de una sociedad oprimida que emergen dentro de revoluciones burguesas en las fases del capitalismo sustentado en fuerzas productivas rurales no industriales con mínimas participaciones obreros-socialistas, y si bien, por ejemplo, para Trotsky será la revolución rusa de 1917, para Gilly lo sería la Revolución Mexicana en la cual existirán las limitaciones del campesino, situada en una clase explotada pero revolucionaria y en la que no va haber una alianza estratégica clasista obrero-campesina. Eso va a generar una interrupción en la revolución mexicana de 1910.

A partir de lo anterior, queremos situar, esta misma postura en la obra de Felipe Ávila, Zapata, *La lucha por la tierra, justicia y libertad*, que ubica al zapatismo dentro de una lucha de clases con un ideal de nación. En esta obra encontramos un importante trabajo historiográfico que posiciona al caudillo del sur, no como personaje impoluto y perfecto (propio de la historia de bronce), sino como un personaje que está dentro de un espacio y tiempo caracterizado por luchas agrarias y reivindicaciones que sobrepasan, si bien es el eje neural de las demandas y la demanda primaria, el aspecto de la propiedad de la tierra.

Dentro de sus primeras páginas el autor describe como desde el siglo xvii el pueblo de Anenecuilco, lugar donde en 1879 nace Zapata, se enfrentan al avance y despojo de las Haciendas El Hospital, Cuahuixtla y Mapaztlán, apoyadas por las autoridades virreinales en la que inicia una etapa de explotación y despojo de tierras y aguas sobre los pobladores de los Valles de Cuautla y Cuernavaca. Posteriormente, en esta misma región, y ya con procesos ancestrales de litigio, la Guerra de Independencia no resolverá esos problemas de propiedad para la recuperación de sus tierras. Será hasta la Reforma donde las leyes empezaran a dar un reconocimiento, y como el tiempo dentro de su sabiduría lo mostrará, no fue suficiente. Ya el tío-abuelo de Zapata en 1876 lo señalaría: *“tenemos fe y confiamos en que algún día la justicia se haga cargo de nuestros problemas, guardamos con celo los papeles que demostraran que somos los únicos y verdaderos dueños de estas tierras”*. En los albores del siglo xx, a partir de su nombramiento como Presidente del Concejo de Anenecuilco, Emiliano Zapata empieza a ser visible dentro de los grupos que fueron parte de una movilización de la multitud de grupos rurales que desafiaban al régimen de Díaz, esencialmente por el despojo de tierra, injusticias, cancelación de libertades municipales, falta de oportunidades y necesidades básicas no cubiertas.

Asimismo, el autor da voz, a partir de un importante cambio epistolar entre Zapata y otros revolucionarios, haciendo énfasis en señalar que el zapatismo no sólo giró en un figura, sino que estuvo marcado, y de allí su importancia, en su trascendencia de lo económico a lo social y político, por organizadores e intelectuales fuertemente politizados y con características de lealtad, solidaridad y patriotismo

como Genovevo de la O, Otilio Montaña, Amado Salazar, Próculo Capistrán, Díaz Soto y Gama y Manuel Palafox como los principales dirigentes del zapatismo por casi una década. La presencia zapatista no sólo fue enclavada en el estado de Morelos, sino abarcó Puebla, Guerrero, Tlaxcala y el Estado de México esencialmente, pero llegaron a presentarse movimientos de revolucionarios zapatistas en Sinaloa, Veracruz, Oaxaca e Hidalgo.

La fortaleza de este movimiento recaía, además, en los vínculos que tenían sus miembros, sus soldados, sus dirigentes con sus comunidades y la movilidad que les daba conocimiento y experiencia dentro de las zonas de combate. El enorme apoyo comunitario fue clave, en este periodo, de la capacidad y triunfo de acciones zapatistas. Las formas de ataque eran a través de ataques relámpago, teniendo como refugios las montañas del centro-sur del país, y en la que como toda revolución armada, la violencia tenía que ser parte de la propia dinámica; ataques a líneas telegráficas, destrucción de oficinas, liberación de presos, destrucción de puentes y vías de ferrocarril, imposición de préstamos forzosos, fusilamientos a políticos, capataces y jefes de policías contrarios al ideal revolucionario.

Felipe Ávila es enfático en señalar como el zapatismo y el villismo en el norte del país, buscaban cambios realmente revolucionarios, transformaciones que trastocaran las estructuras y base económica de la sociedad mexicana, a diferencia del ala moderada comandada no sólo por ex porfiristas-científicos sino por el mismo Presidente Madero, los cuales no estaban de acuerdo con que la rebelión fuera una revolución social y económica, sino sólo una revolución política y únicamente sentara las bases de una democracia participativa, es decir, *“las élites económicas coincidían en la defensa del statu quo y en la contención de la revolución social”* (p. 62).

Esto explica la decisión de Zapata de no dejar las armas a pesar de la salida de Díaz, ya que las demandas agrarias no fueron satisfechas y generó una ruptura con el maderismo y se formara, en breve tiempo, uno de los programas más revolucionarios y progresista que vieron su luz en el siglo xx: el *Plan de Ayala* de 1911. Este Plan tuvo su origen no sólo por las promesas incumplidas, sino que, por el mismo desarrollo del proceso revolucionario, de exigía y planteaba cambios radicales que modificaran las relaciones socioeconómicas. La rebelión del sur empezó a trastocar las estructuras sociales, económicas y políticas por lo que era viable un proyecto político revolucionario nacionalista, que no sólo arropaba la causa agraria, sino que la traspasaba por lo que el lema que condensaron esa causa sería “¡Reforma, Libertad, Justicia y Ley!”. Entonces se percibe que la postura zapatista iba más allá de los límites geográficos del sur-centro del país. En un *Manifiesto a la Nación* de 2013 reiteró que los objetivos de la lucha eran mejorar las condiciones económicas de la gente por lo que era necesario reformar instituciones, no se luchaba por el poder o por los cargos públicos, riquezas que se encontraban *“en manos de unos*

cuantos miles capitalistas”, ahora se empezaba a consolidar una postura de lucha de clases, en la cual se estaba enfrentando a los poderes fácticos de la prensa porfirista, los hacendados, ejército federal, empresarios y políticos. Para Zapata los enemigos de la verdadera revolución se enmarcaban en la triada: capitalista-ejército-gobierno. Con esto abrazaron las causas obreras, de los pobres, de los desheredados luchando contra el sistema social opresivo (p. 174).

La radicalidad, totalmente justificada ante el reformismo que dejaba en las mismas condiciones al trabajador campesino mexicano, se consolidó con el rechazo al Plan de Guadalupe, suscrito por Carranza. En él no se proponía ninguna reforma social, era inexistente la problemática agraria y del trabajo. La estrategia zapatista para consolidar la causa revolucionaria exigía enriquecerse nuevos cuadros intelectuales, ya no solo perfil rural sino urbano, y así desplegar un acercamiento y negociaciones con otros grupos rebeldes. Por eso no es de extrañarse el interés por dar a conocer sus objetivos revolucionarios al presidente estadounidense Woodrow Wilson señalando, ahora ya de manera más mesurada, que la revolución del sur daría garantías a la vida y a los intereses legítimos de los nacionales y extranjeros (p. 189).

Ávila es reiterativo en que la lucha zapatista, ahora enfrentando a los convencionalistas de 1914, mostraban una acelerada maduración ideológica superando al constitucionalismo y villismo, trascendiendo el mundo rural y planteaba transformaciones revolucionarias en el país y se dejaba claro que el poder no se cedía ni se negociaba, se conquistaba. En este mismo año empieza una nueva guerra civil entre los diferentes grupos revolucionarios. Ahora se estaba dentro de una guerra por el poder nacional entre la elite reformista emanada de la *Convención en Aguascalientes* contra los grupos zapatistas y villistas que seguían en pie de lucha porque la revolución llegara a las clases más desprotegidas.

Sin embargo, para Ávila el ascenso del constitucionalismo se lograría no por ser la mejor propuesta de los proyectos de nación sino por las ventajas estratégicas económicas, logísticas y tácticas y de superioridad numérica militar. A diferencia del escenario zapatista con una crisis de armas y alimentos, y una economía colapsada en los estados que controlaban. Sin embargo, siempre se tuvo como objetivo que el *Plan de Ayala* del Ejército Libertador del Sur sirviera como eje neural del México revolucionario. La revolución no tenía sentido sino mejoraban las condiciones de los pueblos. La guerra de guerrillas empleada por los zapatistas continuo a pesar de los momentos difíciles en los que se encontraba el movimiento suriano que se enfrentaría a una guerra desigual, injusta y de exterminio por parte del gobierno carrancista.

En esta guerra, los zapatistas abrazaron otra causa más, la no intervención parte de gobierno extranjeros, esto esencialmente como rechazo a la persecución punitiva por parte de los Estados Unidos al movimiento villista, en que el autor también

enfatisa la gran empatía que tuvo la gente revolucionaria del sur con el villismo. Para 1917, tanto Zapata como Villa, seguían condenando el latifundismo, las condiciones precarias en que continuaban los campesinos y la continuidad de una élite en el poder comandada por Carranza. Ya para 1918, el movimiento zapatista se encontraba en el ocaso, pero seguía en pie de lucha con un lenguaje más moderado, menos beligerante, clasista y anticapitalista.

La derrota zapatista quedó expuesta al señalar que no se había conquistado la verdadera justicia y libertad del pueblo mexicano. A pesar del viraje político e ideológico de Zapata no fue posible consumir el proyecto de nación que enarbola. El desgaste militar, comunitario y la cada vez mínima fortaleza y apoyo de los pueblos campesinos llevó a que sus enemigos pudieran atacar de manera desleal al líder de la revolución en el sur. Si bien el 10 de abril de 1919 el caudillo del Sur fue asesinado, a partir de esa fecha quedó demostrado que ese movimiento fue el más persistente, leal, moral y radical que luchó por una verdadera revolución social. Un legado reivindicatorio que tiene vigencia en un país desigual y polarizado como sigue siendo México.

La pertinencia de leer y analizar esta obra recae, por lo tanto, en enriquecer y superar las diversas interpretaciones simplistas que se han hecho del movimiento armado en México revolucionario. Para Felipe Ávila la historia del zapatismo ha mostrado que no fue un grupo asilado e intransigente ante su propuesta revolucionaria planteada en el Plan de Ayala, sino que se debe ser considerado como un grupo que durante años, y no sólo en el proceso de revolución armada, se enriqueció ideológica y políticamente, teniendo siempre como referente la defensa de la tierra, y que se en su etapa revolucionaria, planteó un verdadero proyecto de Nación que emanada de las clases más desprotegidas de México.